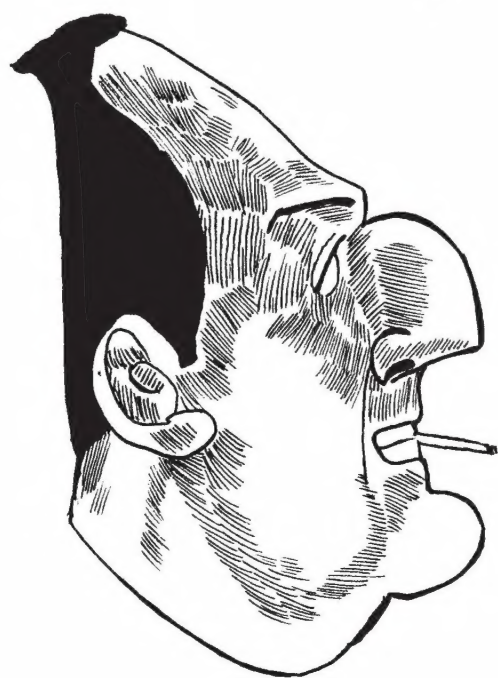
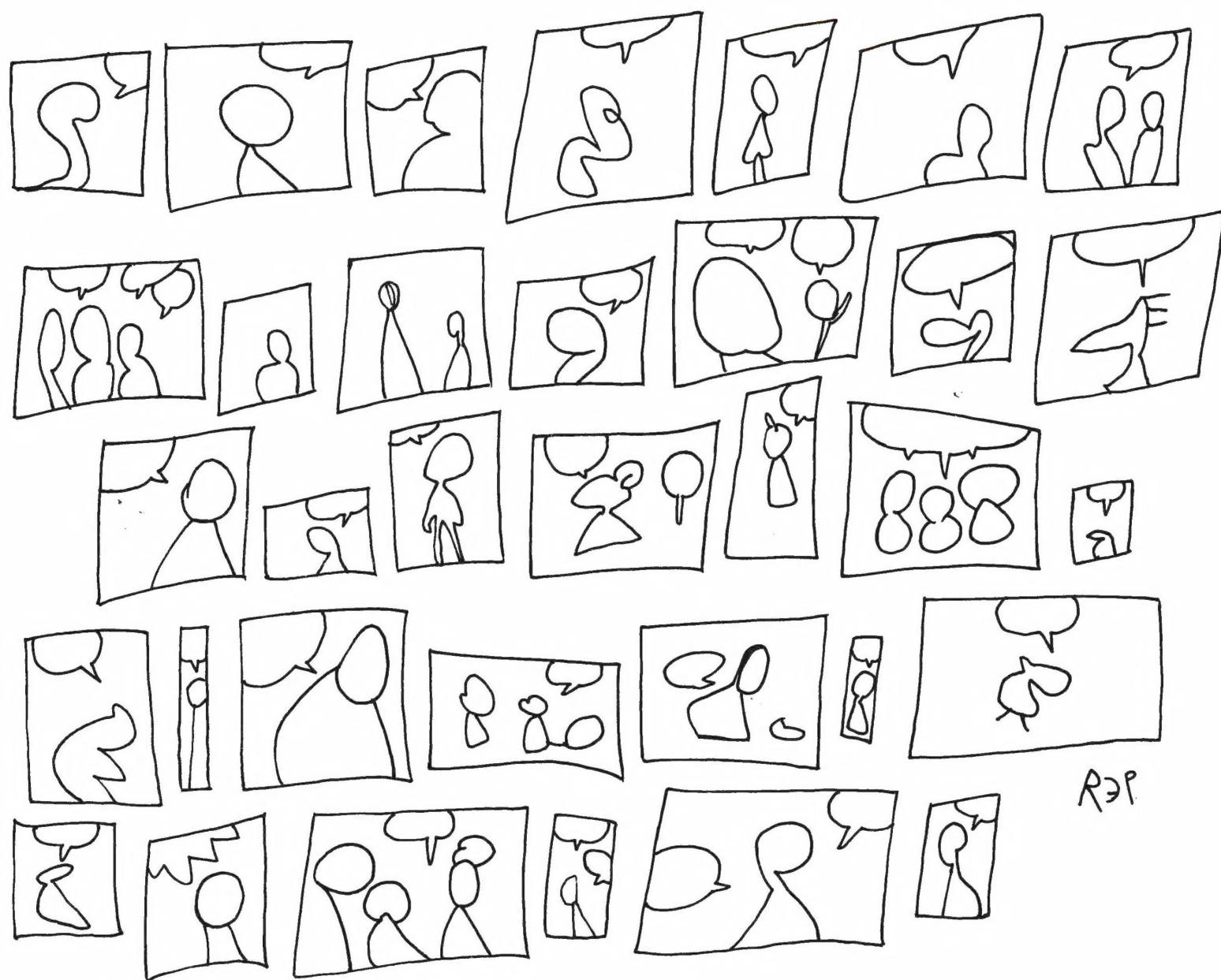


# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

58 Hacia el primer regreso de Perón



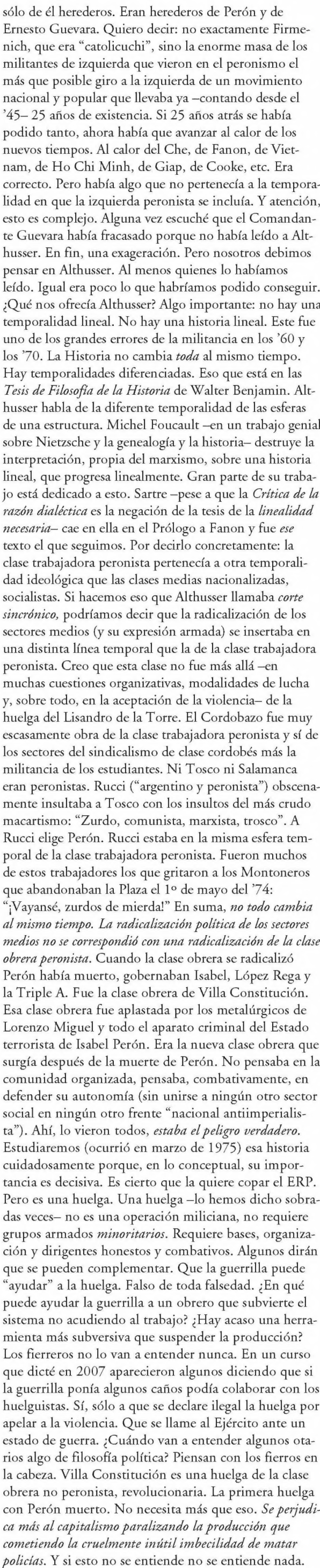


**H**emos dicho que Fanon y Perón no tenían similitudes, no había casi nada que los ligara. Para la militancia de los '70 era indudable que sí: Perón era un líder del Tercer Mundo. Perón, además, se había

Fanon era un militante de la causa tercermundista y un gran teórico. Pero está la cuestión de la violencia. *Siempre aparece en estos análisis la cuestión de la violencia.* Y hay que remitir este tema al *pueblo peronista*. Todo lo que se hacía fundaba su legitimidad en esa esencia. Toda la militancia actuaba en nombre del pueblo peronista o por el pueblo peronista. Toda la lucha era una lucha de liberación por la clase obrera cuya identidad política era el peronismo. Se dibujó entonces un perfil del *pueblo peronista* que respondería a los ánimos revolucionarios de la época. Se decía que el pueblo peronista era combativo porque ahí estaba, a la mano, el ejemplo de la *Resistencia*.

A black and white illustration of a film reel. The reel is shown from a side-on perspective, with a central hub and several spokes. A strip of film is unspooled from the right side of the reel, curving downwards. The film strip features a cartoon character wearing a hat and a bow tie, appearing to be in motion. The character is drawn in a simple, stylized manner. The film strip also shows some sprocket holes and a small section of the character's face. The overall style is that of a classic animation or a vintage poster.

pas. Eran esos lugares en que –como diría impecablemente Lorenzo Miguel– los peronistas, definiendo qué era serlo, comían tallarines los domingos con la vieja. Casas de gente que no pasaba apuros. Que tenía una vivienda digna (la casa de la vieja o la casa de la familia o la nueva casa del hijo o la hija que se casan y traen al mundo un nuevo gronchito peronista, como genuinos gronchitos eran Palito y Favio, algo que nadie puede negar: lo eran, no eran blanquitos del Nacional Buenos Aires, ni judíos marxistas) un trabajo digno, unas vacaciones dignas y un líder al que amaba. *Esas casas no eran “fortines montoneros”*. Una consigna como “Sánchez, Salustro, al pueblo le da gusto” habría irritado a Favio, ¿cómo al pueblo le iba a gustar la violencia, la muerte de un trabajador (aunque fuera jerárquico) y de un militar (que Perón lo era)? En esas *casas peronistas* de Favio –que eran, insisto, casas de gente de trabajo y de paz y no fortines de guerra– es donde hay que ubicar la otra gran frase de este tipo de peronismo. La que –como ya dijimos– dijo Lorenzo Miguel: “Ser peronista es comer tallarines los domingos con la vieja”. Favio jamás se acercó a la Jotapé. Siempre tuvo claro su peronismo. Creo que sabía más de Perón que todos nosotros juntos. Sólo eso: *lo conocía*. Después veremos dónde lo ubicó su interpretación. Porque, aunque basada en un conocimiento primario de las bases y de Perón, no era al cabo más que otra –o la primitiva, la más elemental, silvestre– interpretación de un movimiento que había cambiado como todo cambia con los tiempos. Desde este punto de vista, es correcto que Firmenich reivindique a la Tendencia como legítima hija de Perón. “Le guste o no, somos sus hijos”, dijo varias veces. Pero no sólo de Perón eran hijos. No



Volvemos al punto en que estábamos. Dijimos: *La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista*. En ese curso agitado y numeroso que —como dije— dicté en 2007 sobre *Qué es el peronismo* todos los que rompían (ya imaginan qué) levantando la mano a cada rato para dar su imprescindible opinión sobre cualquier cosa, lo hacían bajo el pretexto, al parecer inapelable, de: “Yo estaba ahí”.

uno le dije: "¿Y dónde crees que estaba yo? ¿En el living de mi casa?" Significa que *hay hechos históricos sustanciales* en la historia trágica de estos años en los que todos, los que estamos vivos todavía, estuvimos. Entonces, ¿no escucharon a los obreros peronistas gritarles a los Montoneros "zurdos de mierda, troscos, infiltrados", etc.? Por supuesto. Esto es así. Tan cierto como que la plaza no quedó vacía. Ni siquiera la mitad se fue. Se fue un tercio, que no es poco. Pero no es lo que se pretende. O sea "Aserrín, aserrín, es el pueblo que se va" las pelotas. Al pueblo lo tenía Perón. Y el pueblo quería, como siempre, *carnaval y no "asamblea popular"*. ¿O no habíamos escuchado a Hugo del Carril cantar la *versión peronista* del Día del Trabajo? *Jornada de protesta, no. Ni mártires* de Chicago ni ninguna de esas cosas siempre lloronas y macabras de los "zurdos". Fiesta del peronismo. Fiesta de los trabajadores. Festejo por tener trabajo, casa, alojamiento, vacaciones, festejo por haber llegado al 53% de participación en el producto bruto, cosa que se veía en la invasión proletaria a Gath y Chaves, en los veraneros, en las comidas de los domingos, en la alegría del fútbol, en los carnavales. Hugo del Carril lo decía claro: "Esta es la fiesta del trabajo/ unidos por el amor de Dios". La clase trabajadora peronista había permanecido peronista. Era lo que decía Favio. *Es lo que Daniel Santoro pinta*. Santoro tiene rasgos de crueldad en esas imágenes de Evita comiéndose las tripas del Che. No las entiendo. En verdad, entiendo poco. Acepto más de lo que entiendo. Es un gran artista y el film sobre el "Pulqui" es conmovedor. Y sí: ahí está. *El regreso de la patria del "Pulqui", eso quiere el verdadero peronista*. (El "Pulqui" era el avión del primer peronismo.) Con dolor, con rabia, frustrados, como se quiera (total: si a algo hemos tenido que acostumbrarnos es a aceptar los engaños y las derrotas, pero al menos contemos honestamente nuestra historia), tendremos que admitir que Favio y Santoro tenían y tienen razón: ése, el de ellos, era el pueblo peronista. Por el contrario, la *temporalidad* revolucionaria, que incluía *inevitablemente* la violencia, cabalga en la temporalidad insurreccional de la Revolución Cubana, del coquismo, de la guerrilla vietnamita. El Ejército seguía en la misma esfera temporal gorila del '55: Lanusse. La Marina (como para dejar todo bien claro) revive, en Trelew, el terrorismo de Estado de la matanza de José León Suárez. El único que ha cambiado —¡oh, sorpresas de la historia!— es Aramburu. Pero sólo en busca de una solución pactada que pueda abrir la salida conciliadora. Nada de esto lo quiere ver la Jotapé. Se toman dos deserciones (solo dos) como las de Licastró y Fernández Valoni a modo de signo de una desbandada en el seno del Ejército. Los curas del Tercer Mundo olvidaron una adecuada visión de la eternamente reaccionaria Iglesia Católica. La clase media estaba harta de los años de prohibición del peronismo y quería el retorno del líder ausente. O sea, la clase media sí, en efecto, estaba de parte del regreso de Perón. Admiraba a los guerrilleros. Les decía "los muchachos". Grupos líderes como "el clan Stivel" estaban con Perón. ¡La clase media estaba contra la oligarquía, contra la Sociedad Rural, contra *La Prensa*, contra *La Nación*, contra los militares y a favor de la Juventud Peronista! (Nota: Notable, en verdad. Escribo esto en las Navidades de 2008 y sucede todo lo contrario. Faltan los militares. No hay tanques, *pero hay tractores*. Y un señor —que es un poco frontal, un poco rústico digamos— declaró: "No bien volvamos a la ruta no salimos más". Interesante, ver voy a perder el tiempo en esto. Pero es. Es bueno, es bueno el esquema golpista de hoy los agraristas —con sus herramientas de trabajo— podrían reemplazar al antiguo poder militar. Ya que han declarado también que —debido a sus tractores— tienen necesidad de andar siempre armados. En suma, tractores —que algo de tanques tienen— y armas. Más una clase media llevada a la militancia combativa por un peronismo que —como dijera Nicolás Casullo— es "el verdadero partido de la derecha", todo eso mismo ofrece un interesante modelo de "Golpe siglo XXI". Acaso este país se encuentre más cerca de un choque violento de lo que nos animamos a creer. Ojalá me equivoque. Pero no veo demasiada luzidez ni responsabilidad democrática en los cerebros a-neuronales de los dos carnavalescos dirigentes de la FAA. Ni en el glorioso vicepresidente de las traiciones patrióticas. Ni en ninguno de los periodistas cuyo odio les impide pensar.



El esquema que manejan es simple. ¿Cómo permitir que siga adelante un gobierno conducido por una pareja desde la “intimidad de su alcoba”? Esto me preguntó un periodista que viene del alfonsinismo. Un mediocre que me prometió un reportaje sobre mi libro de filosofía —el que acaba de salir— y terminó, desde luego, preguntándome esa bobería patológica. Le dije: “¿Por qué desde ‘la intimidad de su alcoba’? ¿Qué erótico suena eso, no? ¿No lo pueden haber decidido en el comedor o en la cocina?” Escuché, a través del teléfono (era telefónico el reportaje), las risas de las asistentes del “periodista libre” que hacía las preguntas de sus patrones. Me pareció sugestiva la connotación sexual de ubicar la “decisión” en “la intimidad de la alcoba”. Recordé el texto célebre en que Cané se entrega a la paranoia de proteger a las vírgenes de su clase, inocentes todas, ante el ataque de la chusma ultramarina. Y bueno, es así.)

Sigamos con lo nuestro: sólo los sectores medios y el estudiantado se han unido al peronismo. Todo el resto del establishment sigue donde estaba. Pero —y he aquí lo esencial— las clases medias y el estudiantado sueñan con un proceso político perfectamente diferenciado al de la clase obrera peronista. Sucede que los obreros peronistas no se manifiestan. Esperan a Perón y siguen en sus casas, van a sus trabajos o se reúnen en sus sindicatos. Y los sindicatos exhiben una notable cautela. Insistamos: los sindicatos no arriesgan. ¿Por qué esa cautela? Lógico: no querían arriesgar lo que tenían por una posibilidad como cualquier otra, eso era para ellos el regreso de Perón. Sólo la CGT de Ongaro y los sindicatos de la izquierda cordobesa peleaban contra el régimen. Los otros llevaban años negociando y seguirían así. Ellos podían vivir con Perón o sin Perón. De aquí la bronca que despierta ese paraguas que agarra Rucci para cubrir a Perón. *Lo pone a Perón bajo el paraguas de un movimiento obrero que muy poco había hecho por su retorno.* Se jugó más el anciano cura Hernán Benítez por el regreso de Perón y por recomendarle que no renegara de la guerrilla que los mandamás de los sindicatos. Quienes —una vez de regreso Perón— se arrojan a la lucha contra la militancia juvenil. Con el apoyo franco del líder, que es lo que los autoriza y también los desboca.

### “UNA ACCION DESEADA POR TODOS LOS PERONISTAS”

*Pero hay una inmensa pequeña burguesía que vive una temporalidad propia.* Una temporalidad revolucionaria. A esa pequeña burguesía, que es activa, que es lo que Perón necesita en esta etapa de enfrentamiento al régimen, hay que darle manija. Hay que darle elementos que la entusiasmen. *Hay que darle el Perón que necesita.* En resumen, la situación es la siguiente: lo que se establece entre Perón y los sectores militantes y combatientes de la Argentina es un juego al que podríamos llamar: “Te digo lo que necesitás que te diga”. Buscar inteligir esto a través del dualismo verdad/mentira es absurdo. Estamos hablando de un período de intensa creatividad política. Muy torpemente, un periodista del alfonsinismo (durante los ’80) sacó una nota llamada *El malentendido*. Era Pablo Giussani. Todos los radicales de esos años la jugaban de grandes pio-las que no se habían tragado las mentiras de Perón. ¿Por qué? Porque ya sus papis les habían advertido que era nazi y malo. En cambio, los jóvenes de la izquierda peronista habían perpetrado un *malentendido*. Creer que Perón era un revolucionario. Mario Wainfeld, en *Unidos*, supo decirlo bien: “Lo que querían decir era que todos habíamos sido unos boludos”. Hay gente que todavía piensa así. Llevando esto al terreno de los desaparecidos queda claro que habían muerto “por boludos”. Así lo decían. Bien, el “enfoque mongui” ya está planteado. Vayamos en busca de algo más serio. Dejamos de lado, como dijimos, el dualismo verdad/mentira. El juego era “Te digo lo que necesitás que te diga”. De parte de la militancia juvenil revolucionaria había otra expresión paralela a ésta: “Decime lo que necesito que me digas; si no, no puedo jugarme la vida por vos. Y si esperás venir sólo por la lucha de los burócratas de los sindicatos

estás liquidado”. Es posible que los militantes de la UES creyeran ciegamente que Perón era un revolucionario socialista. Pero los que estaban en la elaboración de las estrategias o el trazado de las líneas ideológicas *no se planteaban esto*. Perón era un pragmático y habría de ser lo que fuera necesario ser para ganar la batalla. Era entonces necesidad de la militancia llevar las cosas a un estado en que Perón no tuviera más remedio que dar cobertura a una situación revolucionaria si quería volver. *Esa situación revolucionaria era la que se estaba creando*. Perón, a su vez, advertía que su arma más poderosa era la caudalosa militancia juvenil (hecho único en nuestra historia: *nunca se vio un movimiento social y estudiantil tan numeroso, tan desbordante, de jóvenes militando detrás de una misma causa*) y las llamadas *formaciones especiales*, temor obsesivo de los sectores “de orden”, algo que debían detener para que el país pudiera funcionar o corrían el riesgo de que ningún empresario extranjero se instalara en la Argentina, además de la inseguridad de las clases altas y la policía y hasta los cuadros del Ejército, blancos frecuentes de esas *formaciones*. Perón lo sabía: *Si vuelvo, vuelvo montado en esta ola*. La militancia de la izquierda peronista lo sabía: *O lo traemos nosotros o no lo trae nadie*. Creía también: si lo traemos nosotros le vamos a imponer nuestra política. Aquí había una sobrevaloración de la propia lucha y una subvaloración del poder del propio líder, por anciano que estuviese.

Perón hizo su trabajo impecablemente. En agosto de 1972, desde Madrid, envía un *Mensaje a la juventud*. Dice: “Yo no sé si es la insensatez o la ignorancia lo que enseguece a los que usurparon el poder para no comprender a una juventud que no quiere ser un simple número en los cálculos comerciales de los monopolios extranjeros. *Y es una pena que sea necesario que una parte de ella comience a decirlo a tiros, pero también es un aviso serio* (...)”; Esa juventud que ha aprendido a morir por sus ideales es lo único que puede salvar al país en su futuro preñado de acechanzas y peligros (...). Hagan llegar mi recuerdo y mi homenaje a todos los compañeros que han caído, como a los que han sufrido vejámenes y torturas físicas y morales en manos de la canalla entronizada” (Perón, *Mensaje a la juventud*, en *Envido* N° 7, p. 74). Ya en febrero de 1971 había enviado su primera carta a Montoneros. Les decía que en nada habían interferido sus planes. Esta había sido una versión del “partido militar”: que los Montoneros, al matar a Aramburu, habían interferido importantes planes de Perón. Se dejaba traslucir que Perón andaba en algo con Aramburu, versión que, muerto Aramburu, Perón desmiente sin ningún costo: “Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos *porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas*”. La frase es importante: *Una acción deseada por todos los peronistas*. Este *deseo peronista de la muerte de Aramburu* es lo que fortalecerá siempre la tesis del montonerismo de los comienzos acerca de visualizar esa acción como parte de la “justicia popular”. Ese *deseo* y la situación de profunda ilegalidad institucional que ya hemos exhaustivamente analizado. Lo verdadero es que la frase de Perón revela el acierto de Montoneros en la elección de “la muerte” que necesitaban para aparecer ante el pueblo peronista como los que venían a cumplir con *“una acción deseada por todos los peronistas”*. Esta frase de Perón era, para ellos, un respaldo poderoso. Más adelante, Perón les entrega unos consejos a propósito de las Fuerzas Armadas. ¿Eran atinados? Veamos: 1) “La mayoría de los suboficiales son nuestros”. 2) 20% de la oficialidad es favorable al campo popular, 20% no. El resto es indiferente. 3) El 60% restante es también indiferente. Es “legalista”, pero su legalidad radica en “servir al que gana”. Si vamos ganando “podremos contar con ellos”. Pareciera ser demasiado optimista este encuadre de Perón sobre la situación de las FF.AA. ¡Qué lejos estaban todos de imaginar al *monstruo* que en esas entrañas se estaba gestando!

### ACTUALIZACION DOCTRINARIA/ TRASVASAMIENTO GENERACIONAL/ SOCIALISMO NACIONAL

Pero la verdadera “manija” que Perón les dará a sus muchachos revolucionarios será una operación cuidadosamente planeada y realizada. Es la que lleva a cabo el Grupo Cine Liberación en Madrid entre junio y octubre de 1971. Es el film de Octavio Getino y Fernando “Pino” Solanas. El proyecto —según se decía entre los militantes— era “ir a sacarle frases duras al Viejo”. Veremos qué dijo el Viejo. Qué delicado, inteligente trabajo de “organización” del trabajo hicieron Solanas y Getino, sobre todo por medio del titulaje de los temas. También algunos militantes —que no estaban en contra sino que decían esto casi admirativamente— ponderaban ese titulaje porque a veces decía o “lo que el Viejo no había dicho” o “le daba una orientación de izquierda a lo que el Viejo decía”. Como fuere, el Viejo se despachó con todo. El film fue visto masivamente por la militancia y llevó por título el famoso que casi todos conocen: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Desarrollaba los tres temas centrales que Perón había elaborado para su ala izquierda: *Actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional y socialismo nacional*. En el discurso del 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, cuando Perón dijo: “Nosotros somos justicialistas (...) No creo que haya nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades dicen”, muchos entendieron que a la *actualización doctrinaria* se le iban a tener que meter sin hesitación alguna en el más profundo socavón de sus culos revolucionarios, y, si entraban, también ahí habrían de introducir al *trasvasamiento* y al *socialismo nacional*. ¿Pensó en serio Perón que un freno tan brutal habría de ser posible? ¿Qué creía, que venía, pegaba cuatro gritos y las esperanzas, los años de lucha, los muertos, todo se iba a tirar por la ventana? “Vean, muchachos, no se los dije porque quería volver. Pero, de socialismo nada, eh. Lo único que puedo ofrecerles es un proyecto manejado en lo económico por la pequeña y la mediana burguesía, en lo sindical por esa burocracia que no movió un dedo para que yo volviera y en la conducción yo, por supuesto yo, como siempre yo. A eso le pongo el nombre de *pacto social*. Y llamo a la unidad de todos los argentinos. Ustedes esperen. Gracias por los servicios prestados.” Pero esto —que vamos a desarrollar hasta el extremo de la trágica y sangrienta comedia que fue, porque sin duda fue el más macabro de los chistes— sería recién en 1973. Entre junio y octubre de 1971, Perón ofrece a sus militantes sus mejores frases, sus más fervorosas justificaciones de la violencia. Y esas tres categorías que tan bien sonaban: actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional, socialismo nacional. Las analizaremos a fondo. Ahora, ¿no hay algo que no pareciera funcionar tan *eficazmente* en la conducción del “conductor genial”? ¿Era necesario ofrecer *tanto* si se corría el riesgo de luego tener que quitarlo *todo*? O también: si *tanto* se había ofrecido, ¿qué justificaba sacarlo *todo*? ¿No era una amputación exagerada, impolítica, no había otro camino más moderado, integrador, *político*? Para los fachos cavernícolas sedientos de sangre que rodeaban al líder todo era una fiesta. Pero se suponía que Perón era el sabio, el “Padre Eterno”, que sabía conducir el desorden. Aquí no condujo el desorden. Directamente le cortó la cabeza a una de sus alas. Así le fue. Así nos fue. Como sea, recordemos: aquí no hay santos ni herejes. Hay una infinita cantidad de gente que se equivoca porque cree tener la verdad. Eso es lo que transforma en *tragedia* al *gran relato* peronista. Esperando que esa tragedia devorara a sus protagonistas estaban los carniceros, los matarifes. Todo llevaba hacia ellos. Todos parecían hacer lo necesario como para entregarles el país en bandeja a los más grandes asesinos de su *sangrienta historia*.

Colaboración especial:  
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

### PROXIMO DOMINGO

### Actualización política y doctrinaria para la toma del poder